

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA APERTURA ANUAL DE LOS ESTUDIOS DE LA UNIVERSIDAD DE MANILA EL DÍA 2 DE JULIO DE 1875

Conciliar la claridad con la profundidad, hermanar la sencillez con la combinación, conducir por camino llano y amaestrar al propio tiempo en andar por senderos escabrosos, mostrando las angostas y enmarañadas veredas por donde pasaron los primeros inventores, inspirar vivo entusiasmo, despertar en el talento la conciencia de las propias fuerzas, sin dañarle con temeraria presunción, he aquí las atribuciones del profesor que considera la enseñanza elemental no como fruto, sino como semilla.— Balmes: Crit^o, cap. 17: \$1^o.

Excmo. Sr.:

Ilmo. Claustro:

Señores:

Poseído de dos sentimientos bien diversos, vengo en estos solemnes momentos a dirigiros mi palabra, por demás humilde y desautorizada. Si es tarea grave y de no muy fácil ejecución tener un discurso ante un público respetable e ilustrado, que en las honoríficas enseñas con que aparece adornado, lleva ya el sello de su autoridad y de su saber; es lo mucho más, sin duda alguna, cuando el que tiene la alta o innmerecida honra de pronunciarle, ha sido precedido por tantos y tantos otros, cuya inteligencia, cuyo saber e ilustración, cuyo decir en fin, le llevan considerables ventajas.

Y este es uno de los sentimientos que experimento en lo más íntimo de mi alma, en lo más profundo de mi corazón. Solo confío en la benevolencia que me dispensaréis generosos, a pesar de mis pobres pensamientos y de mi humilde estilo, en gracia de la sinceridad, con que he de hablaros en este discurso y de la importancia del asunto sobre que versa.

La índole e importancia del magisterio en sí mismo, y su especial misión en nuestros días, será el tema que molestará vuestra atención, y ocupará mi palabra en estos instantes solemnes. No trato en ello de dar lecciones a los dignos profesores que tienen la bondad de escucharme y de quienes las puedo recibir; solo me propongo estimular los alumnos al respeto y docilidad con que deben portarse con sus maestros, para que

oyéndoles con fe, y prestando a sus explicaciones la atención debida, aprovechen más y más en su carrera.

Más antes de entrar en el desenvolvimiento del tema enunciado, debo, señores, cumpliendo con la disposición reglamentaria, daros cuenta del estado en que se hallan los estudios pertenecientes a la Segunda Enseñanza de esta Universidad y demás Colegios de su distrito. ¿Y será preciso que os atengáis a mis palabras en vista de los hechos, que con mayor ventaja con su muda, pero más persuasiva elocuencia, satisfacen vuestros justos deseos? Los exámenes que habéis presenciado, esos premios que a vuestra vista se van a distribuir, el notable aumento de Bachilleres en Arte, ¿no os dicen harto claramente, que ni vosotros habéis sido remisos en el cumplimiento de vuestro deber profesional, cuyos desvelos así han sido correspondidos, y que a su vez los escolares, por punto de vista general, han sabido aprovecharse de vuestra ilustrada enseñanza? Y no aquí únicamente, sino también en los demás Colegios de este distrito universitario se han obtenido los satisfactorios resultados que está llamada a producir la Segunda Enseñanza en este Archipiélago. Cábeme gran satisfacción al tributar así a maestros como a discípulos el justo elogio que por su buen comportamiento respectivo se merecen; siendo este otro de los sentimientos de que, juntamente con el ya expresado, me hallo poseído, al desempeñar como empiezo a hacerlo, el grave y delicado cometido con que la autoridad a que estoy subordinado ha querido honrarme.

«El primer estímulo para aprender, es la nobleza del maestro»¹. Una inclinación innata en nosotros nos lleva a grabar en nuestro espíritu las enseñanzas de lo que se ostenta a nuestra vista con el honroso título y noble misión del magisterio. Y esta inclinación es más o menos fuerte, según el mayor o menor grado en que le concebimos.

Destinados a conocer a Dios, y a conocerle por sus obras, entre otras vías que para ello existen, nos hallamos dominados por un ardiente deseo de poseer este conocimiento, siendo arrebatados por una tendencia irresistible hacia tan sublime e importante objeto, cuya universalidad y trascendencia están en relación con la universalidad y trascendencia de las partes que le constituyen y de los extremos que abraza. Porque el conocimiento de Dios por sus obras incluye, el del mundo y el de nosotros mismos. Y únicamente entonces habremos logrado el objeto mencionado y seremos felices con su posesión, cuando hubiéremos conocido el conjunto de las «cosas con relación a sus causas», incluso la primera de estas². Que no los bienes materiales; no el oro que brilla, ni todos los demás preciosos metales; no la fama y gloria ambicionadas; no la potestad, ni el dominio

¹ Primus discendi ardor, nobilitas es magistri.

² Felix qui rerum potuit cognoscere causas. (Hesiodo).

sobre nuestros semejantes; no los sensuales placeres, son el lleno de nuestro corazón «hecho para Dios, en quien solamente puede reposar, estando inquieto hasta que lo consiga»³; sino el conocimiento de la verdad con el ejercicio de la virtud, pueden satisfacer el innato deseo que experimentamos de ser felices. ¿Cómo conseguiremos dicha tan grande? ¿La ciencia, el conocimiento de las cosas por sus causas, son innatos en nosotros?

La ignorancia casi absoluta de muchos durante toda su vida; la general de todos los hombres en la primera época de esta, aún después de haber apuntado los primeros albores de la razón, y lo imperfecto del conocimiento de una buena parte de los mismos sobre las verdades más obvias y más triviales juntamente con el trabajo que nos cuesta a todos la adquisición de la ciencia, responden cumplidamente a la anterior pregunta, y nos demuestran con sobrada claridad, que fuera de ciertas verdades fundamentales pertenecientes al ser físico, intelectual y moral del hombre (y todavía en estas necesitamos de la adquisición cuando menos de los términos), no es la ciencia el patrimonio natural del hombre, ni su cualidad innata. Los hechos indicados no nos permiten dudar sobre nuestra pobreza intelectual, y son una confirmación palmaria de la aserción del Filósofo en este mismo sentido⁴; justificando al propio tiempo el sistema ideológico seguido y desarrollado por el Ángel de las Escuelas y otros célebres comentaristas del mencionado filósofo.

I

Y si pasa esto respecto de la ciencia considerada en absoluto, abstracción hecha del orden de la revelación, y con relación precisa al orden natural, ¿qué sucederá respecto de ese otro orden superior, sobrenatural, en el que la verdad misma, Dios vivo e inmortal, se ha dignado comunicársenos, pronunciando misteriosas palabras? No nacemos con el patrimonio de la verdad que tiene su raíz, su objeto y su existencia en el mundo que nos rodea, que está a nuestra vista y bajo nuestro dominio en cierto modo ¿y presumiríamos que lo fuese la que radica en lo alto y extiende sus ramas y se mantiene en regiones que no son las nuestras, que están fuera de nuestro alcance? ¿Y que resta entonces? La verdad es nuestro fin supremo y el objeto de nuestra completa ventura y ¡sin embargo! no la poseemos por nosotros mismos, al menos en el grado que se requiere para los indicados fines! Habremos de resignarnos al tormento de Tándalo? Nuestra inteligencia, nuestro corazón, ¿sufirán la horrible

³ Fecisti nos Domine ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te. (S. Aug. Lib. 1 conf. c. 1.

⁴ Intellectus est tanquam tabula rasa...

privación de su objeto acariciado, y serán continuo y sempiterno juguete de sus más vehementes deseos? Por otra parte, Él que así nos ha formado, y tales inclinaciones ha impreso en nosotros y tal ideal ha levantado a nuestra vista en el confín de nuestra existencia ¿será tan cruel que se goce en la mayor de nuestras torturas, o tan poco poderoso que, después de habernos criado con innata disposición para la ciencia y con tan ardiente e inextinguible deseo de adquirirla, no le sea dado satisfacer las mismas necesidades que Él nos ha impuesto? ¡Ah! solo pensar esto, sería proferir contra Dios, cuyas «obras todas son perfectas, y cuya Providencia, procediendo de un extremo a otro con fortaleza y disponiéndolo todo con suavidad», «todo lo ha dispuesto en número, peso y medida», la más fea y repugnante blasfemia. No por cierto. El que no ha negado su alimento a las «aves del aire» ni a las «flores del campo su hermosura», tampoco ha privado al hombre de su principal sostenimiento y más bello y precioso adorno: la posesión de la ciencia. Y como le ha provisto? Por medio de dos suertes de elementos: internos unos, y externos los otros.

No voy a ocuparme de los internos, consistentes en las facultades cognoscitivas de nuestra alma: en el entendimiento y en los sentidos, provistos uno y otros de la luz que les es propia, emanación de la luz increada, y que respecto del entendimiento, llamase en las sagradas páginas «lumbre de la cara del Señor, estampada sobre nosotros»⁵, como así mismo en la tendencia natural que experimentamos a ser enseñados y espontánea docilidad y curiosidad irresistible para escuchar por nuestros oídos, y grabar en nuestro espíritu las palabras instructivas de nuestros maestros; porque ni es este mi actual propósito, ni es ello necesario después de las indicaciones que sobre este asunto llevo hechas.

Nacidos para la verdad ¿podríamos carecer de las disposiciones necesarias para conseguir su conocimiento? Todo nuestro ser tiende hacia ella, y por eso se hallan depositados en nosotros sus más preciosos gérmenes. Que no sin razón dijo el más célebre de los oradores romanos que la «naturaleza ha depositado en nosotros ciertos estímulos»⁶. Ni se limita esta disposición para las ciencias y la fecundidad de nuestro espíritu respecto de las mismas, al orden natural solamente; extiéndose además a las verdades del orden sobrenatural, si bien distan notablemente en nosotros las disposiciones y fecundidad de uno y otro orden, relativamente a su origen. Las primeras son resultado natural y propiedad innata de nuestro ser, su apéndice y corolario, si se me permiten estas expresiones; al paso que las últimas dependen de la voluntad libre de nuestro Hacedor supremo, que quiso ordenarnos a un fin superior a toda la naturaleza criada, ligando

⁵ Signatum est super nos lumen vultus tui...

⁶ Natura dedit nobis quosdam igniculos... Cicer. Tuscul lib. e. c.1.— (Alude a la ciencia; de que va hablando en el contexto).

nuestra felicidad completa a la visión inmediata de su divina esencia⁷, proveyéndonos, en armonía con tan noble destino y con tan sublime ordenación de los medios necesarios para conseguirlo, entre los cuales se cuentan de una manera principal las disposiciones mencionadas. Más no eran estas necesarias, como ni tampoco lo era el mencionado fin, para la existencia en absoluto de nuestro ser, que prescinde en sus esenciales predicados de cuanto pertenece a otro orden superior. Por manera, que las disposiciones del orden natural son resultado necesario de nuestro ser racional; mientras que las otras disposiciones lo son únicamente de nuestra elevación al orden sobrenatural, en el que hemos sido constituidos por la libre voluntad de Dios.

Pero ello es, que como la fe nos lo enseña, hemos sido agraciados con tan nobilísima manera de ser: ser que nos denomina y hace hijos adoptivos de Dios en el orden de la gracia⁸, y que a este ser corresponden sus disposiciones previas, que son las luces encendidas por Dios en nuestro entendimiento y las pías afecciones con que solicita nuestro corazón, moviéndole a conocer y desear, respectivamente, esa nueva manera de ser tan excelente y tan digna, y a recibir sus enseñanzas⁹. Como se ve, el campo está preparado para toda suerte de productos. ¿Qué es lo que falta? Que un agricultor entendido explote su feracidad, y deposite en su seno la fecunda semilla a tiempo y en sazón, cuidando de dirigir y promover su desarrollo con celo y con prudencia, utilizando al efecto cuantos elementos contribuyan a su fructificación. Y he aquí la segunda suerte de medios que indique antes, para llegar a conseguir nuestro destino supremo: el conocimiento de la verdad, la posesión de la ciencia. He aquí lo que es lo que vale el magisterio. El es el arte de cultivar nuestra inteligencia con relación a su ejercicio. Es la sublime misión de propagar la verdad, de ponernos por medio del conocimiento de esta, más y más en comunicación con nuestro primer principio y nuestro último fin. Él es, si se me permite la expresión, el *conductor* providencial que hace llegar hasta nosotros el torrente de luz que brota del foco de la misma, que es Dios. Sin el magisterio exterior permaneceríamos a oscuras sobre nuestras muchas verdades, y solo podríamos adquirir un conocimiento muy rudimentario sobre otras, que por la inmediata evidencia con que brillan a los ojos de nuestro entendimiento, basta para que las comprendamos la luz natural que Dios nos ha dado, una vez conocidos sus términos.

⁷ Videbimus eum situti est. (1. Joan. 3, 2)

⁸ Videte... ut filii Dei nominemur et simus (Joan. 3, 1)

⁹ Erunt omnes docibiles Dei. (Joan. 6, 45).

II

Representante de Dios el magisterio en el terreno del saber humano, ejerce en nuestra utilidad y provecho uno de los más sagrados ministerios y una de las más sublimes misiones; la misión y el ministerio de conducirnos al perfeccionamiento de nuestro espíritu en sus más nobles potencias. Ante él desaparecen, como las tinieblas ante la luz, las sombras que cubren nuestra inteligencia, la cual obrando a su vez en nuestra voluntad y nuestro corazón, produce en ellos el amor al bien. El hombre, pues, es reformado en todo su ser por medio del magisterio.

En la dilatada escala del saber humano, desde los más rudimentarios conocimientos, como son las de leer y escribir, hasta los más elevados y profundos como los de la Teología, y Metafísica, ofrécese a nuestra vista el magisterio con todo el carácter de una verdadera necesidad para que alcancemos la posesión de los conocimientos indicados, al menos con la perfección y extensión posibles, ¿Puede hablarse más alto a favor de su importancia? Si sabemos formar y conocer los signos de las ideas y de los sentimientos, al magisterio se lo debemos. Las verdades que por raciocinio se deducen de los principios revelados; las abstractas nociones de la Metafísica; el múltiple y variado cuadro de las ciencias naturales, desde las más generales hasta las más particulares; las leyes del raciocinio en todas sus aplicaciones, y cuanto la Estética comprende en todas sus formas y variedades, producto es del magisterio en buena parte y del magisterio depende. Y a la manera que los planetas reflejan sobre los demás cuerpos comprendidos en la región que les pertenece, la luz que reciben del centro, en cuyo torno giran, el magisterio transmite a nuestro espíritu las verdades que a su vez ha recibido y de que es depositario.

Comprendemos ya lo que es en sí mismo el magisterio. El análisis breve e imperfecto que sobre él acabo de hacer, nos suministra luz suficiente para ello. De él se desprende con toda claridad que el magisterio es, si vale la metáfora, el revelador de todas las formas y manifestaciones de la verdad y el constructor de la ciencia. Por su medio descubrimos las varias y complicadas vías por donde la infinita sabiduría de Dios manifiesta sus perfecciones y la abundancia de medios con que realiza sus grandes planes y ejercita su Providencia en todo sabia, suave, eficaz y benéfica. Por el magisterio, en fin, logramos los inefables goces de nuestro espíritu al conocer la verdad, y disfrutamos del placer dulcísimo que nos proporcionan las armonías y bellezas del arte; a la vez que aprendemos a satisfacer nuestras perentorias necesidades de la vida privada y de la pública, lo mismo en el orden intelectual, moral y físico, que en el político y social. El sabio, que remontado en la abstracta y elevada región de las ideas, se siente

embriagado con el purísimo gozo que le proporcionan sus graves y profundos pensamientos, que no olvide nunca a quien es deudor en buena parte de tanta dicha. Ni lo olvide tampoco el genio artista, al sentirse poseído y arrebatado por la inspiración, que dándoles poder para imprimir sus conceptos y sus afecciones en la materia, y comunicarle vida y acción en cierta manera, experimenta íntimos y nobles deleites. Recuérdenlo asimismo los sabios legisladores y los prudentes economistas, y los médicos entendidos, y cuantos por su profesión y por su oficio, tienen a su cargo remediar las necesidades del hombre en sus múltiples y varias especies¹⁰.

Tal es el concepto que debemos tener del magisterio, considerado en sí mismo, y el punto de vista bajo el cual debemos mirarle. Y ciertamente; la trabazón mutua que tan a las claras se nos muestra en los otros órdenes de la divina Providencia, ¿había de faltar en el de la ciencia, en el del conocimiento de la verdad? Todas las demás obras de la infinita sabiduría de Dios están sujetas a la gradación más delicada y rigurosa y a una mutua dependencia ¿y únicamente dejarían de estarlo las que pertenecen al orden de la inteligencia? El Criador, no obstante su infinito poder, eficacísimo para hacer él solo y gobernar todas las cosas, quiere, así lo tiene dispuesto que en su esfera se administren unas a otras las criaturas para el orden, unidad y hermosura del universo; y claro es que no habían de ser excluidas de semejante ley las que forman el caudal de la ciencia y constituyen el orden de la verdad. Es, pues, ley ineludible y condición indispensable en el actual estado de cosas, que sea el magisterio el medio común y ordinario por el cual alcancemos el saber en todos sus géneros y variedades.

Mirado así el magisterio, ¿podrá desconocerse, ni mucho menos negarse su dignidad e importancia? Por eso siempre y en todas partes ha sido considerado como uno de los cargos más honoríficos y más nobles; siempre y en todas partes, se le ha mirado con el mayor respeto y se ha tenido cuidado de rodearle de cierto esplendor y cierto brillo. Y ni aún en las épocas y regiones en que con mayor interés, en más subido grado, y de la manera más amplia e ilimitada se han proclamado la igualdad humana y la uniformidad de sus fueros y jerarquías, se ha prescindido del honor y consideración debidos al magisterio, y él ha sido una de las pocas instituciones que se han salvado del común naufragio y librado de la general confusión. Y si los egipcios tenían tan elevado concepto del magisterio que le miraban vinculado al sacerdocio; si los persas veneraban a sus magos; si los griegos y los romanos tributaban los más grandes honores y rodeaban de gran prestigio a sus filósofos y oradores, hasta

¹⁰ De intento he usado la frase «en buena parte»; porque el talento, el genio y la inspiración son debidos únicamente a Dios, autor inmediato de nuestra alma; y solo reciben del magisterio la dirección en su ejercicio y desarrollo.

formar de ellos una especial clase de la sociedad¹¹; si hasta los hebreos regidos y gobernados y adoctrinados de una especial manera por el mismo Dios, escuchaban con respetuosa docilidad las enseñanzas de sus rabinos; las sociedades que les vienen sucediendo no han olvidado su ejemplo en esta parte, ni abandonado la senda por ellos trazada. Ahora, como entonces, salvas accidentales diferencias, se respeta y se honra al magisterio. Y es que el hombre podrá prescindir de otras cosas; pero no puede nunca prescindir del alimento de su alma, que es el saber; y para lograrle cual es debido, necesita del magisterio. El individuo descubre en él la ilustración de su entendimiento y la recta dirección de su corazón, a la vez que una garantía harto segura de su porvenir venturoso. La sociedad mira también en el magisterio la conservación y desarrollo de sus más raros intereses y el remedio hasta cierto punto de todas sus necesidades; porque donde no hay sabia y prudente dirección y gobierno no pueden marchar bien los intereses de la sociedad¹².

A lo dicho ¿será preciso añadir más pruebas y razones sobre la índole del magisterio y su importantísima misión en la humanidad? Hemos visto con la suficiente claridad, que el conocimiento de la verdad desde sus más elevadas esferas hasta las más humildes, está ligado en mucha parte al magisterio. Y que lo están asimismo el remedio de las primeras necesidades del individuo y de la sociedad, y la satisfacción de sus útiles y razonables exigencias. Tampoco es necesario añadir nada para hacer ver lo arduo y laborioso de su ejercicio, si ha de ser como conviene. ¡Cuántas horas de trabajo y privaciones no envuelve la penosa ocupación del magisterio: cuánta abstracción y retiro, y cuán fija e intensa aplicación! Para dar, es preciso tener antes; y nadie puede sembrar en la mente y en el corazón de los demás, sino a condición de poseer antes con cierta abundancia las ideas y los sentimientos que comunica: sin cierto dominio sobre las respectivas materias, no pueden llenar debidamente los profesores su importante y delicada misión, y tal dominio, no se adquiere sin un asiduo trabajo. Y la «felicidad» que ocasionan a sus discípulos dándoles a «conocer las causas de las cosas», instruyéndoles en los ramos respectivos del humano saber, les cuesta a ellos no pequeños desvelos y sinsabores.

Con lo dicho basta para comprender cual sea el cometido, que prescindiendo de épocas y lugares determinados, debe desempeñar el magisterio: conservar, administrar y hacer participantes a los hombres del sagrado depósito de la verdad. No ha variado en los tiempos que corren este cometido del magisterio; más añadese ahora ala misión de siempre la especial de velar sobre la pureza de sus enseñanzas y la armonía de estas,

¹¹ Sabido es hasta donde llevaban los pitagóricos el respeto y deferencia al fundador de su escuela. Magister dixit, era la última y suprema solución que daban a los que les argüían

¹² Ubi non est gubernator, populus corrueit (Prov.11, 14)

en la parte que a la razón se refieren, con la doctrina revelada. Ahora como nunca se verifican las proféticas palabras del Apóstol sobre los maestros que habían de venir después de sus días «halagando los oídos, apartando los suyos de la verdad y convirtiéndolos a las fábulas»¹³. Es una verdad triste y amarga, pero es una verdad Perdida la brújula, que es la luz de la revelación, y enteramente desviados, andan envueltos en el error y envolviendo en el mismo a los demás, gran parte de los que en nuestros días han usurpado el cargo y nombre de maestros y se intitulan a sí propios con el fastuoso dictado de regeneradores de la humanidad y lumbreras suyas. Divorciados unos de la verdadera doctrina revelada, y profesándola otros, no pocos por desgracia, solo a medias, que viene a ser lo mismo que no profesarla de ninguna manera, con los inconvenientes además de la hipocresía y falta de franqueza, hanse abandonado a «todo viento de doctrina» y envuelto a cuantos tienen la desgracia de escuchar sus palabras y leer sus escritos, en el torbellino de sus teorías, falsas unas a todas luces, y otras enteramente gratuitas. En consecuencia se han trastornado todas las islas; falseado todos los principios y pervertido todos los sentimientos. Y la ciencia llora su falseamiento, y lloran su corrupción las artes, y lloran asimismo la religión y la sociedad las hondas heridas que en ellas han causado semejantes maestros, hijos de la mentira.

III

Desechaba toda autoridad así en el orden literario, como en otros muchos, ¿qué restaba sino lo que estamos palpando, una revolución completa en la república de las letras? A los verdaderos principios de la revelación, de la razón natural y del sentido común, y a los criterios de verdad en acuerdo con ellos, han sustituido en muy buena parte y para una gran mayoría de eruditos, que pudiéramos apellidar, no sin justicia, *a la violeta*, hipótesis más o menos aventuradas, cuando no principios erróneos; y el capricho y la arbitrariedad por norma para la deducción. En el terreno de esta, como era natural, dadas tal base y tales direcciones, campan por su respeto la confusión y el sofisma. Ahí están en comprobación de esto, omitiendo citar otros, el Panteísmo nacido de la mala inteligencia del ser y de la sustancia; el racionalismo del exagerado concepto de la razón; y el libertinaje y la licencia, del no menos exagerado de la libertad. Y cuenta que no desconozco ni mucho menos niego, al indicar los males que están a la vista de todo el mundo, los verdaderos y genuinos adelantos de nuestra época. Todo lo contrario, yo saludo con entusiasmo y admiración al siglo

¹³ Magistros prurientes auribus... a veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur (2 ad Tim 4, 3)

de la locomotora y telegrafía eléctrica: al siglo de tantos otros adelantos en la mecánica y bellas artes. Pero al lado de este entusiasmo, síntoma inequívoco de la grata impresión que causa la contemplación de los positivos adelantos del siglo actual, siento helarse mi corazón y abatirse mi espíritu en vista de los desórdenes científicos, religiosos y sociales que he señalado, y sobre cuyo remedio juzgo debe ocuparse seriamente el magisterio en nuestros días. Y al emprender tan necesaria al par que difícil tarea, debe, puesta su confianza en el «Padre de las luces», la sabiduría infinita y «Dios de las ciencias», dirigir su mirada, para jamás perderle de vista, al faro luminoso de la fe. Este guiará con seguridad los pasos del magisterio por el proceloso mar de los conocimientos humanos; y librándole del naufragio del error, al mostrarle los escollos de las preocupaciones, consideraciones humanas y demasiada confianza en las propias fuerzas, le conducirá felizmente al puerto de la verdad.

Solo así, Señores, solo así, y pisando sobre las huellas de los Clementes de Alejandría, en los tiempos primitivos del cristianismo, de los Tomases de Aquino, en los tiempos medios, y de los Balmes, y Raúlicas, prescindiendo de otros muchos que pudiera citar, en los tiempos actuales, podrá satisfacer el magisterio las justas exigencias de la ciencia, de la religión y de la sociedad.

IV

Existe en medio del mundo civilizado, y existe a pesar de sus más encarnizados enemigos y fuera de todos los cálculos humanos, la cátedra infalible de la verdad, no para enseñar ella directamente toda suerte de verdades, no; sino para enseñar por cargo propio y exclusivo las del dominio de la religión y de un modo indirecto las demás también, en razón de la alta inspección, propia del superior orden a que pertenece su magisterio, por cuya razón puede señalarnos en cierta manera el camino de la ciencia en todas sus variedades, y darnos a conocer si vamos o no extraviados. Porque no puede ser verdadera la doctrina que esté en oposición y sea incompatible con sus enseñanzas, como no puede ser verdad lo que se opone a otra verdad. Y que es verdad infalible lo que la Iglesia con su cabeza al frente nos enseña, dicenlo la fe, y dicenlo también a su manera la filosófica y la historia, al decirnos por los motivos de credibilidad, que la iglesia está puesta por el mismo Dios como «columna y firmamento de la verdad», cuya garantía posee en la asistencia de Dios por «todos los días hasta la consumación del siglo». Con tal norte y tal guía, ya puede marchar seguro el magisterio por el dilatado horizonte de los conocimientos humanos, y secundar, en la parte que le toca, el movimiento

literario de nuestro siglo en lo que tiene de legítimo y aceptable. «La verdad le libraré»: le libraré de los inminentes riesgos que, merced al demasiado empuje y sobrada holgura con que marcha el pensamiento por las sendas de la ciencia y de la literatura, se ofrecen a su paso con harta frecuencia. Que no es enemigo el catolicismo de los progresos legítimos; antes bien es el que más los fomenta y garantiza; y es una calumnia arrojada a su frente, tacharle de estacionario y refractario a la verdadera y legítima ilustración. ¡Ah! y que sería de las naciones, hoy mas civilizadas, sino fuera por el catolicismo que tanto tiempo viene floreciendo en ellas, y tan profundas huellas ha estampado en todas sus instituciones? ¡Ingratas! Lejos de reconocer un grande beneficio y usar de él para servicio de quien se le ha concedido, abusan por el contrario en daño del bienhechor!

V

Jóvenes alumnos de esta Universidad, ¿habéis comprendido bien lo que es y lo que vale el magisterio? Le miráis ya como el medio providencial de llegar vosotros al conocimiento de la verdad? Pues entonces, tened fe, en vuestros maestros; conoced en ellos a los representantes de Dios en orden a vuestra instrucción, y tributadles el respeto que se merecen, oyéndoles con docilidad, que «al que aprende conviene creer», dice un axioma. Sujetaos humildes a su disciplina, que como dice el Apóstol, si bien «al presente no parece ser causa de gozo sino de tristeza, produce, sin embargo a la postre fruto placidísimo a los que en ella se han ejercitado».

No importa que veáis entre vuestros maestros algunos vestidos del humilde hábito religioso. ¿Por ventura las letras perdieron algo nunca por ser enseñadas por ellos? Regitrad las bibliotecas, y en ellas veréis numerosos volúmenes sobre todos los ramos del saber humano, producto de la pluma de esos hombres, a quienes, atropellando la historia, se quiere hacer pasar en estos días por enemigos de la ilustración y del progreso verdaderos. No es esto decir que sean ellos los únicos, no; de todas las clases de la sociedad han salido y salen hombres ilustrados, cuya bien cortada pluma ha legado a los demás preciosos e importantes escritos sobre todos los ramos que abrazan las ciencias humanas. Más no puede negarse que sobre todas ellas descuella la de los eclesiásticos, especialmente la de los regulares, lo que, por otra parte, es natural, dadas sus especiales condiciones para dedicarse al estudio con mayor intención y mayor ventaja de elementos. Nadie puede hacer fallar lo que Dios tiene dispuesto, y este Señor nos ha dicho que «los labios del Sacerdote guardarán la ciencia».

VI

Y por lo que a vosotros, jóvenes filipinos atañe, ¿podréis desconocer la grande intervención de los regulares en vuestra instrucción literaria, si pasáis, siquiera sea ligeramente, vuestra vista por la historia de este pueblo privilegiado? En nuestros mismos días ¿no han visto la luz pública notables producciones científicas y literarias, fruto precioso del talento y laboriosidad de humildes religiosos, que han residido en este modesto recinto, y sirven de no pequeño motivo de gloria a este Claustro universitario, al que no han dejado aún de pertenecer? Muy ilustrados y muy dignos son los demás miembros de las otras clases de la sociedad que, a pesar de las especiales dificultades de este país que habitamos, os ilustran con su talento y su ciencia; pero tampoco son despreciables los que de la clase regular, comparten con ellos las tareas del profesorado. En todos reconoced a vuestros dignos maestros; cuya «nobleza», debe ser «vuestro primer estímulo para estudiar» con aplicación y con provecho. HE DICHO.